

Un espíritu inquieto

El hombre, nacido de mujer,
corto de días y harto de sin-
sabores; que sale como una
flor y es cortado, y huye
como la sombra y no permane-
ce.--JOB.

Aquella mañana Pablo González estrenaba un magnífico sobretodo azul. A las ocho de la mañana, después de ponérselo encima de su traje claro de los días de fiesta, salió. Un día hermoso y azul, como su sobretodo, lo recibió en la calle. Encendió un cigarrillo y echó a andar hacia la Avenida de Mayo. Hacía un poco de frío y un vientecillo que subía del río se llevaba hacia el Congreso las bocanadas de humo.

Iba casi alegre. Atmósfera brillante, cielo azul y claro de fines de otoño, sobretodo nuevo, veintiocho años. ¿Qué más podía desear un hombre para ser feliz? ¿Una mujer? Ya vendría. Siempre que estrenaba una prenda de vestir, los últimos días de su juventud se iluminaban con la esperanza de un amor grande y fuerte. El hombre vive de grandes esperanzas y de pequeños recuerdos. Todas las mañanas, cuando el despertador lo despertaba con su gritito estúpido, se sentaba en la cama y se preguntaba: ¿qué espero hoy?

Cuando después de un momento de examinar las posibilidades ^{advertía} ~~se daba cuenta~~ que nadie ni nada vendría a traerle una causa o un motivo que justificara ese día su razón de vivir, una carta, un libro, una cita, se sentía amargado, y la neurastenia, adquirida en varios años de pesada vida de oficinista, bajaba de su secreta buhardilla hasta sus nervios destemplados.

Pero hoy era distinto: cuando se posee un sobretodo nuevo, la esperanza renace: hay derecho para esperar muchas cosas.

Vagó de una acera a otra, acechando el paso menudito de las mujeres. Les decía piropos, se ofrecía para acompañarlas, las invitaba a tomar té, les ofrecía flores; pero ellas pasaban silenciosas, arrebujuadas en sus pieles o en sus abrigo, haciendo sonar sus altos tacones sobre las veredas. Algunas

le sonreían, pero ninguna le miró como invitándolo a que la siguiera. Era la hora de entrar a la oficina o al taller y no tenían tiempo... ¡Lástima! ¡Tan buen mozo, recién afeitado, con aquel sombrero negro que daba a su rostro de criollo un encanto melancólico de enamorado, y con ese sobretodo azul, por debajo del cual la raya del pantalón se deslizaba hacia el zapato de anca de petro! Hasta se daban vuelta a mirarlo, pero, francamente, no tenían tiempo, por lo menos hoy...

A aquella aparente indiferencia y el resultado negativo de sus invitaciones concluyeron por cansarlo. No se dio cuenta de que la hora era inoportuna. Sólo pensó en que tenía un sobretodo nuevo, todo pagado, y que las mujeres casi tenían la obligación de corresponder a sus galanterías y ofrecimientos. Terminó por aburrirse, y, apartándose poco a poco de ellas, empezó a pensar en sí mismo. No tenía nada que hacer, pues estaba sin empleo; pero eso no le preocupaba: tenía unos ahorros y podía vivir con cierta holgura mientras durara la cesantía. Carecía de familia que le recordara necesidades. Su único pariente, una tía vieja que residía en Córdoba, no necesitaba de él. Y esto lo alegraba: el hombre que está solo es el más fuerte. Por lo demás, era previsor. Meses atrás había pagado a la empresa del horno incinerador de restos humanos su derecho a ser carbonizado. Cuando muriera, recogerían su cadáver, lo meterían en el horno y... ¡cenizas!, como la del cigarrillo que tiró en la esquina de Avenida de Mayo y Perú. Le mandarían a la tía el ceniciento recuerdo del sobrino, y se acabó.

La idea de la muerte lo sobrecogió como un grito durante el sueño, pero fue un sobresalto que pasó rápido, empujándolo más hacia su abismo reflexivo. Pasó ante las vitrinas, sin mirarse ya en los grandes vidrios que día a día recogen la visión física de la vida de la ciudad, sintiendo que ya la neurastenia había ahuyentado con su agria sonrisa la pequeña alegría que le causara el estreno de su sobretodo azul. Siempre ocurría lo mismo: todos los pensa-

mientos sobre su vida tomaban, insensiblemente y como por una curva suave y sin sentido, el camino de la muerte.

¡La muerte! A fuerza de pensar en ella, Pablo González había entristecido su alma y hecho de su vida un amargo grumo de hiel.

En ese punto era escéptico y contradictorio. Sus ideas sobre la muerte y la inmortalidad del alma no eran definitivas. ¿Era la muerte un fenómeno físico puro? ¿Las fuerzas mentales terminaban en el punto donde fenecían las materiales? ¿Era el alma sólo la facultad de pensar, facultad que se destruía cuando el órgano que la generaba perecía, o tenía otra manifestación posterior? No podía afirmarlo ni negarlo. Había leído bastante sobre eso. Y sonreía recordando la Apología de Sócrates, hecha por Platón, en la parte aquella en que el envenenado con cicuta, desplegando toda la agilidad de su poderoso cerebro, intenta probar la inmortalidad del alma. ¿Cómo se puede probar --se preguntaba-- con palabras de hombre nacido de mujer la existencia de algo que necesariamente está fuera de los sentidos humanos? Terminó la lectura con un gran desaliento. Tampoco los materialistas llenaron con su barro panteísta el enorme vacío de su doble incredulidad. Los pensadores espiritualistas y los mecanicistas y otros andaban a puñetazos dentro de su cansado cerebro de empleado de banco metido a pensador también. Sócrates, Bergson, Le Dantec, Moleschot... Habían agregado ciencia a su inquietud y sus pensamientos caían como por un precipicio, arañando esas opuestas paredes. A veces pensaba como aquel que dijo: "Los hombres, al alimentar sus almas con viejas creencias --que son cual racimos secos--, han concluido por hacer sus vidas tan agrias como racimos verdes."

Pero...

Y así, por entre el zumbir de la gran avenida, Pablo González marchaba con un andar firme en su cuerpo, vacilante en su espíritu, pensando en la muerte, esforzándose en encontrar salida dentro de un círculo perfecto y por

descubrir claridades diáfanas en un callejón oscuro, en donde el único farol visible, rojo, como el de una casa de diversión en una calle de La Boca, alumbraba el rincón de la Locura.

El sobretodo azul, tan hermoso momentos antes, colgaba ahora de sus hombros como de una percha en un hall de casa de pensión pobre, sin gracia, aburrido de cubrir a un hombre que pensaba en problemas tan abstrusos.

De pronto sintió un gran griterío y tuvo la intuición de que era el eje de un acontecimiento inminente y, volviendo a la realidad, levantó la cansada cabeza. Se encontraba en el centro de la calle, entre la acera de la avenida y la de la Plaza de Mayo. En ese momento un reloj público dejaba oír las campanadas de las diez. Vio los viejos pilares de la Recova, el corredor de la Casa del Cabildo y el frente de la Casa Rosada. En una fracción de segundo sus ojos mortales recogieron la imagen de ese trozo de la ciudad y se agrandaron hasta casi desorbitarse cuando Pablo González vio, a ~~unos~~^{unos} metros de su cuerpo, un automóvil gris, loca la dirección, venirsele encima a una velocidad que le pareció de un millón de metros por segundo. Detrás de él paraba en ese instante un tranvía. ¿Para dónde huir? ¿Y cómo huir de un monstruo que no se sabe qué dirección va a seguir en su carrera? Los biólogos y los espiritualistas, en sus libros, no daban indicación alguna para ese caso imprevisto, y a sus alcances no veía ninguno de los cartelitos ^{en} que la dirección del tránsito indica las mejores maneras de atravesar una calle, cartelitos que tan útiles son para las personas que no son atropelladas.

Oyó que aumentaba el vocerío y el horror le corrió por el cuerpo como un escalofrío. Se quedó inmóvil, como una rana en las jaulas para serpientes del zoológico. Un aire caliente, con olor a bencina y aceite, le llegó al rostro y tuvo la impresión de que un viento fuerte lo tomaba y lo elevaba a gran altura. Se sintió un espantoso chocar de hierros, estallidos de aceros que se quiebran, de vidrios que se desmenuzan, golpes sordos en cuerpos blandos, y perdió el sentido de su personalidad. Pero fue sólo un instante, porque de

inmediato sintió como que le crecían alas en los pies y de un salto maravilloso, inverosímil --¡oh Aquiles!--, se plantó en la acera de la plaza.

Giró el cuerpo. El monstruo gris, volcado, giraba aún sus ruedas, despidiendo un vapor caliente por entre sus intestinos rotos. El tranvía presentaba el aire de quien recibe un puntapié sorprendentemente, y los pasajeros, descompuestos de terror, se tiraban por las ventanillas. La gente se agrupaba alrededor del ~~mán~~ ^{montón} ardiente. Pablo González suspiró:

"Me libré de una buena."

Siguió caminando. Se sentía ahora liviano, despejado, como si el susto hubiese obrado de válvula de escape a su opresión. ¡Qué salto había dado! En otra ocasión le habría parecido sobrenatural. Llegó hasta la salida de la última estación del ferrocarril subterráneo en el instante en que un convoy que venía de Palermo arrojó una ola de pasajeros hacia el exterior. Se detuvo a mirar. Entre las personas que subían la escala reconoció a una muchacha con la que tiempo atrás ~~había tenido un proyecto de pasión~~. La había perdido de vista y la encontraba ahora, ~~inesperadamente~~. ¡Qué ocasión, hoy, que tenía un sobretodo nuevo! ~~Esperó, mirándola con insistencia y hasta tosiendo para llamar su atención~~. Miró hacia su lado y la saludó con gesto risueño, pero no le contestó y pasó, esbelta y apretada, dejando tras de sí un olor a flores. Se quedó estupefacto, siguiéndola con una mirada llena de sorpresa. ¿Por qué no respondió a su saludo? ¿Estará enojada? No había motivo para ello y decidió alcanzarla; pero cuando iba a lanzarse tras el rastro de aquel olor a flores, una mano se posó sobre su hombro, y una voz, una voz que parecía venir desde el fondo de sus recuerdos de los dieciocho años, le dijo:

--Cómo te va, Pablo González...

Se dio vuelta, incómodo. ¿Quién diablos...? Pero retrocedió con un grito de espanto: ahí, a tres metros de él, alto, delgado, sonriendo, Alfredo Valenzuela, un amigo de su juventud, muerto casi en sus brazos hacía diez años, le sonreía.

--¿Qué te pasa, hermano, por qué te asustas?

Pablo sintió que se deslizaba en una espiral de locura.

--¡Pero, cómo! ¿Alfredo Valenzuela? ¡No puede ser!

--¿Por qué no puede ser?

Hizo un esfuerzo para recobrar el dominio de sus nervios; luego avanzó hacia el aparecido, le puso las manos en los hombros, le miró en los ojos, ojos sin pupilas, en cuyo fondo flotaba la sombra, y le preguntó:

--Pero, tú, ¿no estabas muerto?

Alfredo acentuó su sonrisa:

--Sí... Pero ahora tú también lo estás.

El grito que siguió ^{pudo} haberse oído hasta la estación del Once:

--¡Mentira!

--Si estuvieras vivo no me verías y esa muchacha no habría pasado al lado tuyo sin saludarte. Centro de Estudios de Literatura Chilena

La espiral se acercaba a su vértice agudo.

--¡Yo estoy loco o soñando!

--No estás loco ni estás soñando, Pablo: estás muerto. Y te lo puedo probar.

Lo tomó de un brazo y lo arrastró tras sí. Pablo se dejó llevar.

--Mira.

Estaban en el punto en que Pablo creyó librarse del automóvil. Miró y vio, entre un hacinamiento de aceros rotos y hierros doblados y latas aplastadas, a un joven como de veintiocho años, vestido con traje claro y sobretodo azul. Tenía la cabeza destrozada y sobre su pecho descansaba la cabeza de una mujer rubia que nunca había visto. Reconoció su sobretodo, reducido a una guñapo lleno de sangre, y todas sus demás ropas de vestir. Se reconoció él mismo.

Toda la angustia del mundo, la tristeza de la Tierra y la soledad del mar cayeron sobre Pablo González como un martinete sobre un maní. Se sintió

empequeñecer hasta lo infinito y cayó sentado, llorando sin lágrimas y con sollozos inmensos que nadie oía. Alfredo lo recogió y se lo llevó a través de la ciudad: conducido por su amigo, Pablo González parecía una bolsa llena de trapos viejos colgando del brazo de un trapero.

Así pasó de esta vida a la otra, en una mañana de principios de invierno, un hombre de vida solitaria y ánimo triste.

Anduvo así durante un rato, sin pensar, sin hablar, sin mirar, como corresponde a un finado, sumido en una inconsciencia absoluta. Pero poco a poco fue reponiéndose y se atrevió a mirar, es decir, a ver, y notó con sorpresa que nada le era desconocido; caminaban por la calle Corrientes y a su lado pasaban mujeres, hombres, niños, perros, y rostros de amigos vivos que no lo veían y rostros de amigos muertos que lo saludaban al pasar con una sonrisa de bienvenida. Parecían decirle:

--Chao, Pablito.

--Adiós, viejo.

--Qué gusto verte por acá.

--¿Tú también por aquí?

Pensó: lo que le ocurría era casi divertido. Había muerto para unos y nacido para otros. Y lo curioso es que todo está igual y yo soy yo mismo, con mi misma alma, idéntico sentido de las cosas; hasta parece que mi cara es la misma de antes: me conocen. ¿Qué ha ~~habido~~ pasado, entonces? La explicación me parece sencilla: yo, Pablo González, empleado cesante, he cambiado, por medio de un accidente del tránsito, mi personalidad material por otra, inmateral; he dejado de ser persona para convertirme en cosa distinta. ¿Valía más lo que había sido que lo que empezaba a ser? Eso le pareció lo importante e hizo un rápido balance de su vida extinta: ¿qué perdió con ella? Bienes materiales, no, puesto que había sido pobre; espirituales, morales, no: era el mismo de antes, según le parecía. Tampoco había perdido lo que los gerentes llaman alegría de vivir, ya que su vida había sido desolada y su alma fue

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Supersión Manuel Rojas ©

triste hasta la muerte. ¿Qué, pues? Después de concienzuda reflexión concluyó por convencerse de que lo único que podía lamentar, como pérdida sufrida en la mudanza, era su sobretodo azul. Pero, en cambio, ¿qué mundo se abría ante sus ojos nacidos de nuevo, mundo seguramente lleno de sorpresas y de milagros, de paisajes y de emociones nunca sospechadas antes!

Terminó por tranquilizarse. Tiró del brazo a su compañero y le dijo:

--Oye. Comprendo algo de lo que ha pasado, pero no todo. Quiero saber lo que va a pasar. Habla.

Alfredo Valenzuela entró a un café, se sentó en una silla, indicó a su amigo que hiciera otro tanto y le dijo:

--Es muy sencillo. Tú eras un cuerpo y un espíritu, es decir, un hombre. La muerte, que no es más que un fenómeno de separación de los cuerpos compuestos, ha desunido esos dos elementos; ninguno de ellos ha desaparecido, sin embargo, en el sentido exacto de la palabra. El primero sigue su curso de renovación y simplificación material: se disgrega, entrega sus sustancias a la tierra, a las plantas, al agua. El segundo asciende por la escala de la purificación moral. Ambos, una vez separados, obedecen a leyes distintas. Tú, como espíritu, no sabes ya nada de tu cuerpo, y tu cuerpo, como materia, no sabe ya nada del espíritu. Ambos existen y lo único que ha desaparecido es el hombre como animal ciudadano... Ese es el hecho, examinado de manera simple. ¿Quieres saber más?

--Sí, por favor.

--Es muy sencillo también. Al principio cuesta acostumbrarse a este nuevo estado. Por lo general, el hombre amolda siempre el espíritu a su cuerpo y no el cuerpo al espíritu. De ese modo, y en la mayoría de los casos, el ser humano, salvo que sea bastante cultivado intelectual y moralmente, adquiere, a veces a pesar de todo eso, y en tanto vive su vida dual, muchos hábitos y costumbres, de los cuales hace participar a aquellos dos elementos, cuya influencia persiste después de la desunión y de ~~la~~ ^{la} que es difícil des-

prenderse. Así, por ejemplo: cuando comencé a vivir como espíritu puro, sentía, a las horas de almuerzo y de comida, un tremendo deseo de ir a un restaurante. ¿Por qué, si no había de comer? Pero es que el hábito persistía en mí como un mal olor en un cuarto cerrado. Y así en lo demás, en el cansancio físico, en la sed, en el sueño, en el amor... El espíritu experimenta al principio todos esos reflejos inconscientes, como el hombre a quien le han amputado una pierna experimenta, dos o tres días después de la operación, el deseo de rascarse la pierna que el cirujano tiró en un balde para desperdicios.

--Sigue...

--Y es un vagar y un caminar... Como su existencia no tiene ya una causa de resolución inmediata, y procede de un animal de costumbres, anda desorientado, de un lugar a otro, recorriendo los mismos sitios que frecuentaba el cuerpo dentro del cual ardía y se consumía como una llama --clara o turbia-- en una lámpara de barro. Hasta que, poco a poco, esas influencias se disipan, el espíritu se libera de las groseras taras y empieza a vivir con libertad, sin necesitar ya más que del aire y la luz para existir y poseyendo nada más que tres sentidos, la vista, el oído y el olfato, llevados ya a un máximo de perfección. Bueno. Eso es todo.

--Bien, eso es, podríamos decir, el estado exterior del espíritu, del alma. ¿Y el interior?

--Aunque me parece que preguntas mucho y que quieres saberlo todo demasiado pronto, te contestaré. Los valores imponderables, al cobrar su libertad, traen a esta vida el mismo estado de quietud o de inquietud que poseerán durante su cautividad. Si cuando eras hombre eras sano, normal, equilibrado, es decir, un ente que no pensaba y que vegetaba como cualquier poste del alumbrado público, o bien un hombre que había pensado y asentado bien su espíritu sobre el mundo, continuarás igual. Si no fuiste ninguno de esos seres y, al contrario, fuiste vacilante, desvelado, febril, seguirás lo mismo que allá.

--Lo mismo que allá...

--Igual, con sólo una diferencia: en general, la angustia y la inquietud provienen de insatisfacciones morales o materiales. Aquí no padecerás eso, salvo que tus insatisfacciones sean superiores a lo que esta vida puede darte. Tienes toda la belleza del mundo a tu disposición. Ninguna fuerza te será infranqueable ni ninguna muralla impenetrable. Verás y oirás todo lo que desees. Para tí la luz, el aire, son más puros que para los hombres y mujeres mortales. Puedes amar a todas las mujeres que quieras... espiritualmente, es claro. Vivirás aquí lo que anhelaste allá. Tal es la breve noción que puedo darte... Pero, querido Pablo, me pareces un espíritu inquieto en demasía y eso puede serte fatal.

Pablo no contestó. Lo que al principio le pareció un canto nuevo, lleno de ritmos desconocidos, tomaba al final el mismo estribillo del anterior. Miraba las cosas desde un punto de vista diverso, pero todo lo veía igual, cuadrado o redondo. Y volvía a estar triste como antes, como cuando era hombre. Pensaba que casi no valía la pena haber muerto.

Por la calle pasaba la vida, múltiple, inmensa. Sentía el zumbido de su marcha, la pulsación de sus anchas venas, el ardiente aliento de su respiración, el hondo crepitar de su renovación incesante, su grito de hembra entregándose al amor. ¡Qué lejos estaba ahora de todo aquello que existía completamente! Quiso llerar, como cuando era un animal humano, con lágrimas gruesas y calientes, pero no pudo. De dónde iba a sacar lágrimas, si ya no tenía ojos.

Alfredo se levantó:

--Me llaman --dijo.

Y salió hacia la calle. Pablo fue tras él. Caminaron en silencio durante unos momentos, apresurados.

--Si caminamos así no llegaremos nunca --protestó Alfredo--. Atravesemos por aquí.

Embistió a una pared y la atravesó, luego otras, y otras, y así, sucesivamente, pasaron a través de casas de comercio y de habitación. Marchando, Pablo miraba: vio en un cuarto a una pareja que se amaba; a un anciano que moría, en otro; una señora gorda que se bañaba, un niño que nacía, hombres que dormían, que comían, que escribían, que pensaban, que reían, que lloraban; toda la tragedia, la comedia y el sainete de la vida íntima de la ciudad se representaba ante sus ojos espectrales. Así, llegaron a una casa de pensión. Atravesaron un último muro y se encontraron en una habitación oscura; cerradas sus puertas y ventanas, se alumbraba con el reflejo de una lamparilla azul. En el centro y alrededor de una mesilla de tres patas, se veía a varios señores y señoras, entre ellos un joven pálido, con aspecto de enfermo del hígado, y entre ellas una hermosa e insustancial mujer de unos cuarenta y cinco años, todos, ellas y ellas, no muchos, con las manos apoyadas sobre la cubierta del pequeño mueble.

Alfredo se sentó en la mesa y Pablo en una silla. La señora insustancial dijo, con voz de tonadillera:

--¡Qué pesado viene!

--¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quienes son estas personas? --interrogó Pablo.

--Son espiritistas. El calvo que está al frente es un tío mío. Todos los días me llaman para preguntarme idioteces.

La mujer insustancial preguntó:

--¿Estás ahí, querido espíritu?

Alfredo balanceó una pierna y la mesa se levantó, golpeando, al descender, en el piso cubierto por una alfombra.

--Está aquí --dijo la mujer con voz de cupletista.

--¿Qué le preguntamos? --inquirió una señora.

--Pregúntele cuántas veces se dará mi sainete en el teatro.

--Distinguido espíritu --dijo la hermosa mujer de cuarenta y cinco años

--: ¿Podrías decirnos cuántas veces se dará en el Teatro Avenida la obra del señor Ramos, titulada: "Cuidámela, por si acaso"? Contestáme por golpes. Alfredo balanceó su pierna y la mesa sonó dieciocho veces.

--¿Tan pocas veces? ¡Entonces no voy a cobrar nada de mis derechos de autor! --gimoteó el joven pálido.

Alfredo, condescendiente, agregó varios golpecitos más. Pablo se aburría.

--Vámonos. Déjate de tonterías.

--Espérate que me pregunten algo más.

La voz de la médium se elevó de nuevo:

--Honorable espíritu: ¿puedes decirnos cuánto es dos más dos, menos cuatro?

La mesa golpeó ocho veces.

--El pobrecito era muy malo para los números --observó el tío calvo.

--Se ha enojado --objetó una señora.

--¿Te quieres ir, querido espíritu? --preguntó la insustancial.

La mesa se levantó dos veces. Todos sacaron sus manos de sobre la mesa.

--Vete.

Alfredo salió, riéndose, seguido de Pablo, que preguntó:

--¿A dónde vamos?

--Mira --propuso Alfredo--: hagamos una cosa; vamos a ver cómo te incineran.

Vagaron por varias calles hasta llegar al sitio deseado. Entraron. Sobre una camilla, el cuerpo de Pablo, despojado de sus ropas, yacía en una postura que él jamás hubiera imaginado adoptar en estado de occiso. Un señor gordo advirtió:

--Ya está listo.

Dos robustos mozos, que de seguro no se preocupaban de la inmortalidad del alma ni de nada, tomaron el cuerpo por los brazos y los pies y lo coloca-

ron en la puerta del horno, ya abierta. En ese instante, y mientras el cuerpo era empujado hacia el infierno que se veía adentro, una moscarda color verdoso voló desde su boca, ~~hmmmmmmmm~~ mientras que de la nariz, transparente ya como cera, salía un gusano negro, de ojos azules, que reptó en dirección a Pablo, se detuvo ante su sombra y lo increpó, diciéndole:

--Señor: en nombre de todos mis camaradas presenté a usted nuestra formal protesta. Lo que ustedes hacen, además de imbécil, es criminal. Si todos los hombres disponen en vida que sus cuerpos sean cremados después de muertos, ¿qué será del gremio nuestro, tan numeroso como indigente? Todos tenemos derecho a la vida. ¿Por qué entonces violentar y destrozar nuestros derechos naturales y adquiridos, con esta medida que no sólo ataca leyes humanas sino que también va en contra de las leyes divinas? ¿Cómo podrá realizarse, en un futuro cercano, la resurrección de la carne, si ésta es ahora reducida a cenizas? Porque si un cadáver, depositado en una fosa o en un nicho, dentro de su ataúd, conserva a su alcance e intactos sus elementos constitutivos anteriores y puede, en un momento dado, reunirlos, incorporarlos y amalgamarlos --ya que nosotros no disponemos más que de la grasa--, volviendo así a su primitivo estado orgánico, no sucederá lo mismo con uno que ha sido incinerado y sus cenizas repartidas en los vientos o guardadas en un vaso cualquiera. ¿Le habría parecido a usted bien, cuando existía en figura de hombre, que los animales sacrificados en el matadero fueran reducidos a cenizas? Indudablemente, no. Lo mismo nos sucede a nosotros. Los hombres se están poniendo egoístas y descreídos. Privan al gusano de su parte humana y a Dios de su parte divina.

--Háganse usted vegetarianos --anotó Alfredo.

Pablo escuchó apenas el discurso del gusano, y éste, desalentado, se encogió de hombros, se arrastró un poco y desapareció en un agujero; llevaba el aspecto de un obrero que ha salido a buscar trabajo y no ha hallado.

La corriente eléctrica fue dada. Al recibirla, el cuerpo estiró un brazo, encogió una pierna, tal como una rana tocada por la corriente galvánica, quedando al fin rígido. Por un segundo Pablo creyó que vivía de nuevo, pero no era posible. Estaba fuera de su cuerpo, le faltaba a éste su fuerza anímica y la vida no volvería a agitar aquellos miembros inertes, que empezaron a dorarse como un pavo en un asador. Se fueron.

Afuera la tarde inmensa caía sobre el río y el viento del sudoeste empezaba a arrear sombras sobre las aguas.

Anduvieron, anduvieron, sin rumbo, al azar, tal como cuando eran hombres y no tenían nada que hacer ni nada que decirse.

--¿Qué hacemos, Alfredo?

--Pienso ~~x~~ ir a un concierto en el Odeón. ¿Quieres ir?

--No estoy para conciertos. Siéntate aquí un momento y hablemos. Oyeme: yo estoy triste... Siento haber perdido mi hermosa vida, hermosa porque la he perdido y porque en ella pude haber hecho muchas cosas dignas. Me faltó el sentido de la vida misma. Me preguntaba para qué vivía, sin comprender que no hay que preguntar sino afirmar. En lugar de decir: ¿Para qué vivo?, debí decir: Vivo para esto, para lo otro, para ser puro, para ser fuerte y para decir a los hombres que deben ser puros y perfectos. Ese es el secreto que ahora poseo, aunque ya no me sirve de nada. Pero quiero que me digas, si puedes, cuál es el sentido de esta nueva vida, cuál su desarrollo, cuál su finalidad.

En el silencio del atardecer, la voz atonal de Alfredo se elevó:

--Esta vida es igual que la otra, con las diferencias que ya te indiqué. Pero que ya posees el secreto, sé aquí lo que no pudiste ser allá: puro, perfecto y fuerte. Lo tienes todo: sabiduría, comprensión, medios. El hombre tiene cinco sentidos y todos ellos le sirven admirablemente, mas no los utiliza para elevarse por medio de ellos, sino para rebajarse. Ellos priman sobre el espíritu. Tiene ojos para ver, pero no ve con ellos la belle-

za del mundo: le sirven sólo para no tropezar con los postes, para mirar las piernas de las mujeres cuando suben al tranvía y para cuando van al cine. Tiene oídos, pero no los usa para ~~oír~~ ^{oír} la ~~bellera~~ ^{armonía} del ~~mundo~~ ^{universo}; los utiliza para hablar por teléfono, escuchar la radio y otros menesteres. Tiene voz y posee el don de la palabra, pero no lo usa para cosa alguna de provecho; sólo le sirve para hablar en el congreso, para vender papas o gritar en los mítines. Y así en todo. Cuando el hombre suavice sus sentidos y los use para bien de su espíritu y no para saciedad de su carne, estará salvado, puesto que su espíritu se suavizará también y sus sentimientos serán plácidos y sencillos. A esta situación has llegado por medio de la muerte. Estás en el principio: adelántate.

--¡Pero yo no quiero ser un espectro perfecto, sino un hombre perfecto!-- se lamentó Pablo--. ¿Cómo es posible que sea feliz, cuando a mi lado, en las calles, en las casas, en todas partes, los seres viven y mueren sin saber, sin comprender, ~~deverados unos por la angustia, otros por la grosería, por la idea de la muerte, sin realizar nada sano, nada bueno, llevándose consigo, cuando mueren, aquello que en ellos hubo de puro y que se pudrió con ellos, sin que nadie supiera que existía?~~ Por un hombre que llega a entender algo, hay millones que no entienden nada y que vive aún como en el primer día del lenguaje articulado. ¡No! Yo quiero que los que viven sean como yo puedo ser ahora. Decirles lo que deben pensar, hacer, crear.

--Eso no es posible, Pablo. Los muertos no tenemos ninguna influencia sobre la humanidad, salvo que hayamos dejado algo de nosotros entre ellos; pero ahora somos espíritus. Los hombres viven entregados a sí mismos y llegarán, o no llegarán, a perfeccionarse dentro de una eternidad. Nadie puede hacer nada por ellos, sino ellos mismos.

--¿Y Dios?

Alfredo puso la cara que pone aquel transeúnte a quien se le pregunta por una calle que no conoce.

--No me preguntes por Dios; no le conozco. No vive en este barrio ni nadie sabe en cuál.

--¡Cómo! Ni aun siendo espíritu...

--Ni aún siéndolo.

--Pero, entonces, esto es el eterno vagar, el eterno ambular, sin sentido, sin fin. ¿O hay otra vida más?

--Tal vez. Muchos espíritus desaparecen; no vuelven nunca más. Quizá van a un plano superior, a transformarse en luz, en aire, en sombra, y giran a nuestro alrededor, sin que nosotros los veamos, tal como nosotros alrededor de los hombres, sin que ~~ellos~~ nos vean.

Hubo un largo silencio: Pablo pensaba, y Alfredo, con las manos sosteniendo las rodillas, decía para sí: "Voy a llegar tarde al concierto."

Pablo se levantó ^{al} fin y dijo:

--¿No es posible, como en la vida del hombre, eliminarse en busca de la nada o de otra vida?

Alfredo señaló hacia el río y contestó:

--El agua es un elemento disolvente para nosotros.

Se separaron, abrazándose. Pablo se dirigió hacia el río, y Alfredo, encaramándose en la capota de un automóvil que pasaba, se fue al Odeón.

Cuando llegó a la orilla del río, las luces de la tarde daban su última vuelta. Parado sobre el murallón con los brazos abiertos, miró por última vez el mundo. Luego, se dejó caer rectamente, hundiéndose en el río. Un espíritu que paseaba por ahí gritó:

--¡Hombre al agua!

Nadie acudió.